

NECROLÓGICA

EUGENIO CHICANO, IN MEMORIAM

FRANCISCO J. CARRILLO

Málaga se ha revestido de luto negro de rigor en sus corazones y el día soleado que amaneció ayer resistió a la tristeza profunda en son de cante jondo para acompañar a Eugenio con la luminosidad imperecedera de sus cuadros. Esa luz que convierte las sombras en la máxima expresión de un lienzo siempre inacabado. Hay ocasiones que el PopArt no admite crespiones, como el alma. Pero no sólo Málaga porque Chicano había entrado con perseverancia y recreatividad en el gran río de la historia del arte que desborda fronteras.

La pena es transversal y agita las emociones de la amistad, del mundo de la copla, de la pintura sacra, del paisaje contrastado de los pueblos de Andalucía, de la película coloreada de personas que hicieron parte de nuestra historia. Los verdialeros enjutos descienden de los Montes esta vez al ritmo de los violines y los panderos porque oyeron el sonido de una caracola de muerte que se perpetúa en la creativa de su propia creación; el flamenco rompe el tablo con la fuerza del zapateado y detiene el aire con el golpe seco del martinete. Marinero en los cielos, gritaría Rafael Alberti, mientras los otros arrastran la red de los recuerdos de viejos ritos de iniciación en desafío con la mar de cada día.

Hoy la memoria es caja de resonancia alborotada y sin orden.

Aquí emerge el destello de aquel frágil poemario de «Opresiones» que ilustró Chicano de la mano de Ediciones El Guadalhorce / Imprenta Sur que dio vida a la palabra con los del 27 y con Ángel Caffarena. Allí. «La Buena Sombra» con Genovés (el de El Abrazo), Rafael Pérez Estrada, Ullán, Stefan, y tantos otros convirtiendo el arte en fiesta. Y todos aquellos más: Enrique Brinkmann, Francisco Hernández, Barbadillo, Laverón, Alberca, Berrocal, Manolo Blasco, María Pepa Estrada, Lindell, Marina, Peinado, Rebajes, Ruíz de Luna, Revello de Toro... Hoy todos, con Manuel Alcántara animando la memoria de amigos en tertulia y escribiendo columnas junto al latir poético de María Victoria Atencia y de Pablo García Baena que contagiaron el virus a los jóvenes poetas que encontraban refugio en el Ateneo de Málaga en la Plaza del Obispo. Tiempo de creadores que inmortaliza vidas.

Hoy encuentro la calidez de las celebraciones de la amistad a las que Chicano nos convocaba en aquella casa de Martiricos o en su revisitado estudio de la calle de la Victoria. En arte es una sucesiva yuxtaposición del gozo de lo sensible. Eugenio era un Maestro de las ceremonias más íntima cargadas de emociones y de aprendizajes. Con Mariluz, activa comensal de las fiestas artísticas, y del amor que ama, nuestro pequeño mundo era siempre una fiesta inolvidable.

La historia contemporánea de Málaga no puede asumirse sin Eugenio Chicano, desde la mar a tierra adentro. Como tema recurrente de nuestras conversaciones (la penúltima con Pedro Tedde, Beatriz y Piti) un tema que queda pendiente: el Museo de esa generación que se nos escapa de las manos y que dejó una notable producción artística. Para que en ese Museo (sin tópico) se encienda la luz de una época fecunda en las artes de una generación de artistas que nos legaron eternidad creativa.

Es sorprendente. La última vez que nos ayudamos mutuamente con el peso de los años, fue en la inauguración de los preliminares de «un proyecto de arte» de Manolo Castillo. Días después, siempre con cita pendiente, el hospital y el adiós del silencio. Contemplo lo que tengo más a mano mientras tomo fuerzas para escribir estas líneas: su Antonio Machado, sin duda en un patio de Sevilla, y un grabado de Tell Zaatari que hizo en homenaje a los palestinos. Chicano siempre rompió barreras, porque su nacionalidad era el corazón de todas las personas, sobre todo, las que sufren: desde el Nazareno hasta los descartados marengos. Así fue como lo conocía hasta hoy.

Hoy, sin embargo, estamos inmerso en la zozobra del gran y viejo amigo que se nos fue. Pienso en sus hijos. Y en Mariluz su fiel compañera de viaje.